



Número 55 - Especial de Septiembre 2021

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE CARRERA EN ARGENTINA (Parte III: regreso y muerte)

LOS HIJOS DE J. M. CARRERA
Y MERCEDES FONTECILLA

UN NUEVO MONUMENTO
PARA EL HÉROE

Gaceta digital LA NUEVA AURORA DE CHILE

Representante legal: Ana María Ried Undurraga

Director: José Miguel Alcalde Undurraga - Director Editorial: Cristian Salazar N

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS GENERAL JOSÉ MIGUEL CARRERA

Av. Francisco Bilbao 4509, La Reina, Santiago de Chile - (56 2) 277 5730 - josemiguelcarrera.cl - info@ijmc.cl

LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL GENERAL JOSÉ MIGUEL CARRERA EN ARGENTINA

Tercera parte y final: El reingreso de Carrera desde Estados Unidos a Argentina

Alberto de la Carrera

Director del Instituto de Investigaciones Históricas José Miguel Carrera



“Chile ha de ser libre y feliz, o hemos de perecer los que emprendimos esta grande obra. Si quieren que los males cesen, cese también la opresión y la intriga.

Todos seamos libres o todos seamos víctimas”.

Carta del General Carrera a su esposa Mercedes Fontecilla.
Campamento en la Pampa. 2 de diciembre de 1820.

Como señalábamos en nuestro capítulo anterior, el 5 de febrero de 1817 arribó José Miguel Carrera a Buenos Aires, al mando de la escuadra compuesta de cuatro buques que había adquirido en *Baltimore*, con un importante cargamento de armas, una imprenta, gran cantidad de libros y un destacado cuadro de oficiales franceses y norteamericanos entre otras nacionalidades, cuyo espíritu de hombres experimentados en las guerras europeas y por la independencia de Estados Unidos, confiados en la sola palabra y motivación de Carrera, no dudaron en sumarse a su cruzada por la independencia de Chile.

Si había entre todos ellos un hombre más feliz y motivado en esta expedición, no podía ser otro que José Miguel Carrera. En enero de 1816, había arribado a Estados Unidos con nada, sin más capital que su enorme voluntad de obtener los recursos y la ayuda del país del norte para volver a liberar a Chile. Si había alguien que se empeñaba en el logro de sus objetivos, ese era Carrera, y finalmente lo había conseguido. Su extraordinario poder de convencimiento, su palabra franca, la transparencia de sus acciones, generaron entre las autoridades del gobierno norteamericano, los empresarios navieros y productores de armas, y en los oficiales que compartían sus naves, tal nivel de confianza que miraba hacia las costas del Pacífico sur con alegría, optimismo y mucha esperanza. Nuevamente, había conseguido importantes medios materiales y humanos para reiniciar la conquista de la libertad de su amada patria.

Qué tremenda decepción y frustración más grande puede llegar a

tener un hombre, un soldado, un líder comprometido a fondo con una causa que debía de ser compartida por todos, al encontrarse con la más ingrata e injusta recepción por parte de las autoridades de Buenos Aires.

Pueyrredón a la sazón gobernador de las Provincias del Plata e instalado en el poder por decisión de San Martín y la Logia Lautarina, lejos de agradecer el esfuerzo de Carrera e ignorando los compromisos personales con los oficiales extranjeros bajo su mando y responsabilidad y los contratos celebrados en Estados Unidos, desprecia su voluntaria y desprendida contribución a la causa de la independencia y lo somete a prisión en el bergantín *Belén* anclado en la rada porteña.

Inútiles fueron los esfuerzos de San Martín que en persona trató de alejarlo de Chile ofreciéndole diversos cargos y misiones en el extranjero. La voluntad de Carrera no tenía precio.

Viendo que sus esfuerzos por pasar a los mares de Chile comandando su escuadra, para lograr el control del Pacífico e impedir nuevas aventuras de los realistas españoles desde el Perú, y habiéndosele confiscado sus barcos, engañando a sus guardias en el bergantín *Belén*, se arroja al mar y amparado en la oscuridad de la noche,



logra en un bote, llegar a Montevideo, donde es protegido por el gobernador portugués, Federico Lecor.

Comenzaba para José Miguel otra etapa en su vida, quizás una de las más duras y difíciles de las que había experimentado. Separado nuevamente de su esposa e hijas y de sus hermanos, otra vez sin recursos e impedido de intervenir en la consolidación de la independencia de Chile, contemplaba desde el otro lado del Río de la Plata, cómo el país libre y soberano por el que había soñado y hecho tan grandes sacrificios personales y familiares, había logrado su libertad para perderla en manos del dictador O'Higgins, el que en forma implacable perseguía, encarcelaba, desterraba a todo aquel que se opusiera a sus dictados y decisiones, en especial y manifiestamente odiosa y persistente actitud, cargaba sobre la familia Carrera y los seguidores de José Miguel todo el peso de su mando llegando a someterlos a las arbitrariedades más rigurosas sólo comparables con las ejercidas por el déspota gobernador español Marcó del Pont y su nefasta policía política de la época los Talavera de la Reina.

Así, encontrándose José Miguel ignorante de lo graves hechos que sucedían en Mendoza, celebraba y enaltecía públicamente la figura del general San Martín, por la victoria en la batalla de Maipú, conocida recién en Montevideo el día 8 de abril de 1818, sólo cuatro horas más tarde de difundida esa extraordinaria noticia, se entera por su entrañable amigo Guillermo Kennedy,

que después de un falso montaje y maquinación truculenta y habiendo soportado una injusta prisión de ocho meses sus hermanos Juan José y Luis Carrera, ese mismo día 8 de abril, habían sido fusilados en la plaza de Mendoza, por órdenes de la siniestra Logia Lautarina, de la cual formaban parte y dirigían San Martín, O'Higgins, Pueyrredón, siendo los brazos ejecutores de sus temibles y crueles decisiones el sucesor de San Martín como gobernador de Mendoza Toribio Luzuriaga y Bernardo Monteagudo. Este último había sido designado por O'Higgins a comienzos de 1818 como uno de sus principales asesores y posteriormente auditor de guerra del Ejército Chileno, habiendo participado en tal calidad junto a O'Higgins en el desastre de Cancha Rayada. Monteagudo, obviamente motivado por mantener la confianza que le depositaba O'Higgins, viajó especialmente desde Chile a Mendoza a "apurar" el juicio, siendo ellos los principales impulsores de la falaz sentencia y promotores de la ejecución de los hermanos Juan José y Luis Carrera.

Si alguien tiene duda de la responsabilidad de aquellos que he nombrado, basta con leer la carta de O'Higgins a San Martín luego que se enterare de la prisión y apertura del juicio en contra de los hermanos Carrera:

"...desparezcan de entre nosotros los tres inicuos Carrera, júzgueseles y mueran, pues lo merecen..."

Dice el destacado historiador argentino Vicente López:



"Monteagudo no fue a Mendoza a otra cosa que a servir los intereses de O'Higgins. Llegado allí no hizo otra tampoco, ni se ocupó de más que de la causa y ejecución de los reos, enperfecto acuerdo y cooperación de Luzuriaga".

Monteagudo, después del fusilamiento de los hermanos Carrera, vuelve a Chile, y mantiene el respaldo y el cargo de auditor de guerra conferido por O'Higgins.

No satisfecho con la injusta y oprobiosa eje-

Instantes previos al fusilamiento de los hermanos Carrera, en ilustración de Luis F. Rojas.

cución de los hermanos, a instancias de Luzuriaga, O'Higgins manda a cobrar al padre de los Carrera, el anciano don Ignacio de 86 años, miembro de la Primera Junta de Gobierno de 1810 ya retirado de la política y de la vía pública en su campo de El Monte, los gastos del fusilamiento de sus hijos, lo que le provocó sin lugar a duda su muerte poco tiempo después.

Luego, seguirían en esta escalada de persecución violenta e injustificada los fusilamientos de sus amigos Carlos Robert y Juan Lagresse, en la plaza de El Retiro, para terminar el día 26 de mayo de 1818, con el irracional, torpe y vil asesinato por la espalda de uno de los más grandes, valientes y populares hombres de nuestra independencia: Manuel Rodríguez Erdoiza.



Carrera en el calabozo, instantes previos a su fusilamiento.

¿Qué podía esperarse de una personalidad como la de José Miguel Carrera, que permaneciera inmovible y ajeno a la cruel dictadura que se había instalado en el país de sus sueños?

¿Que la primera Constitución Política de 1812 y el resto de la institucionalidad republicana que le dio a su país bajo su gobierno, desaparecieran sin que nadie se opusiera a ello?

¿Que el recurso de amparo o *habeas corpus*, el principio del debido proceso, la libertad de imprenta, la libertad individual e igualdad de derechos ante la ley, y la seguridad individual, entre otras, consagradas en la Constitución de 1812, no eran valores y principios permanentes, y sustentos de la naciente república que el fundara, no tendría que salir a defender y restablecer en Chile?

¿Que con la dolorosa muerte de su padre, la ignominiosa muerte de sus hermanos y amigos o la de su inseparable compañero de tantas batallas como Manuel Rodríguez iban a quedar impunes? ¿Alguien creería que José Miguel Carrera iba a permitir que esas inaceptables acciones contrarias a todo aquello por lo que habían luchado y sacrificado tantas vidas de chilenos, podían continuar sin que él no hiciera nada para detenerlo?

Claramente, no podía ser de otra manera: Carrera decide tomar las banderas de la liberación de Chile para

restablecer el régimen democrático y republicano y demostrando una vez más el arrojo y valentía que lo caracterizó siempre, decide desafiante volver a Argentina a recuperar a sus perseguidos y maltratados soldados, reunirlos bajo su mando y encabezar el paso a Chile en busca de restablecer la libertad perdida bajo el gobierno de O'Higgins, fuertemente respaldado por el omnipresente San Martín, quien había transformado a Chile, en palabras de Carrera en “una oscura provincia de Buenos Aires” para sus propios intereses y ambiciones políticas personales.

Lamentablemente para los planes de Carrera, la Argentina se encuentra envuelta en una guerra civil interna por la definición de su organización política, el gobierno de Buenos Aires, respaldado por San Martín, propicia un sistema centralizado y unitario, otro vasto sector, es partidario del federalismo.

Carrera, sin proponérselo, se ve involucrado y se incorpora en esta polémica y toma partido por los federales. Él había conocido el sistema federal en Estados Unidos y consideraba que era una forma adecuada de gobierno y que la democracia norteamericana funcionaba bien, aunque dudaba que fuera la mejor elección para Argentina. El devenir de los tiempos parece haberle dado la razón: el federalismo no ha funcionado como se espera de este régimen en Argentina.

Al unirse a los federados, su intención es contribuir a derrocar al gobierno central de Buenos Aires y de esa manera traspasar Los Andes a recuperar la libertad perdida de su patria.

Se une con los soldados chilenos que permanecían en tierras argentinas al caudillo entrerriano Francisco Ramírez y, posteriormente, se incorpora a esta cruzada el santafesino Estanislao López, con los cuales marcha sobre Buenos Aires y en febrero de 1820 derrotan las fuerzas de Buenos Aires, disuelven el Congreso argentino y nombran gobernador a Manuel de Sarratea.

Era un gran triunfo para Carrera y una tremenda derrota para San Martín y O'Higgins. El federalismo quedaba instalado hasta nuestros días en Argentina. Los caudillos argentinos, a través del general Ramírez, ofrecen al general Carrera la Gobernación de Buenos Aires, lo que es rechazado por éste, pues solo le interesa regresar a Chile. Sin embargo, se constituye en el principal asesor político y de mayor influencia en el gobierno trasandino.

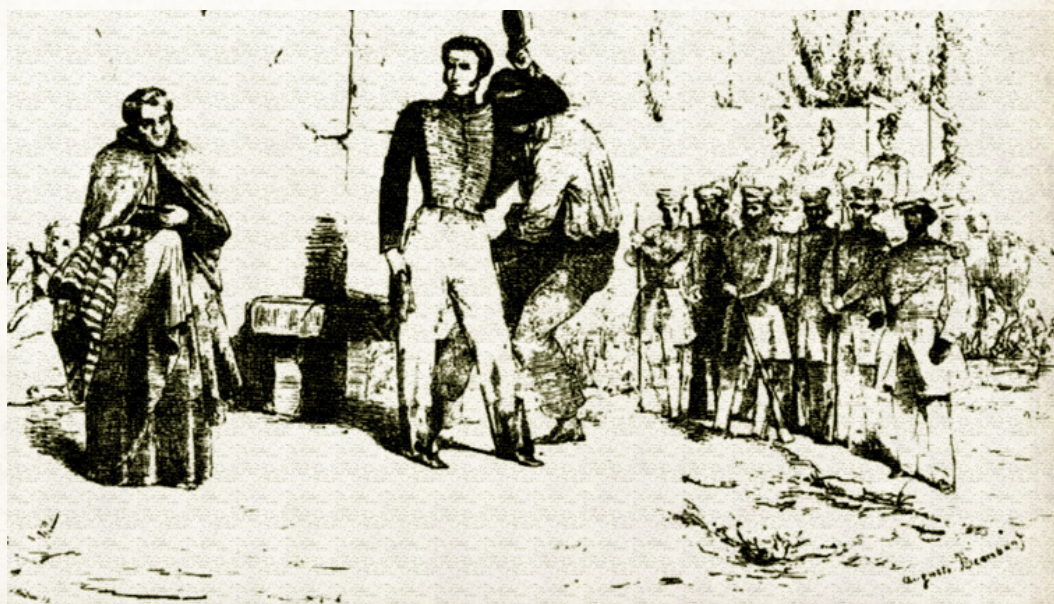
La reacción de sus enemigos no se hizo esperar y tanto el gobierno chileno como el de Buenos Aires, empezaron una campaña de desprestigio de su persona y de su honra sin límites, el principal impulsor desde Chile era el guatemalteco Antonio Irisarri, ministro del gobierno de O'Higgins. Carrera replicaba con igual fuerza y coraje, denunciando las inclinaciones monárquicas que entre los confusos líderes de ambos países existía, descubriéndose los intentos de Pueyrredón por entrar en conversaciones con la casa de los Borbones, mientras que desde Chile se mandaba al propio Irisarri a Londres y otras monarquías europeas, con la instrucción, entre otras, de buscar "un príncipe a cuya dirección se encargue el país".

Es imposible pretender que en tan acotado espacio pueda narrar todos los hechos

de la guerra civil argentina, pero a Carrera ya nada podía detenerlo en su afán de ingresar a Chile: se involucra y participa abiertamente en ella, sin disimular en su interés por generar las condiciones que le permitan formar un ejército lo suficientemente fuerte para lograr ese objetivo. Obligado a abandonar Buenos Aires por los errores y contiendas internas entre los federales, se dirige hacia Mendoza con ese propósito. Los gobiernos de Chile y Argentina se unen para negarle toda posibilidad de cruzar Los Andes y salen a combatirlo donde se encontrare para impedir ese propósito.

Carrera logra grandes victorias militares, conquista ciudades, nombra autoridades afines, pero no llega a vencer a la poderosa resistencia que le oponen las fuerzas argentinas, las cuales incluso reciben desde Chile armamentos y recursos financieros para fortalecer un ejército cada vez más numeroso para detenerlo.

Obligado por las circunstancias de haber sido traicionado por el caudillo López, de tener cada vez menos soldados, mal alimentados, menos recursos y armamentos, hostigado, rodeado y perseguido, se interna en la pampa y es acogido por los indígenas con los cuales inicia una guerra extrema: los indios del desierto argentino, lo trasforman en su líder y lo siguen en su loca aventura por traspasar Los Andes; lo aclaman el *Pichi-Rey*. Estos no conocían de límites al momento de la victoria y cometen abusos y desmanes incontrolables, lo que hace que Carrera responsable



y conscientemente se aleje de estos con los pocos soldados y fieles amigos con que aún contaba, entre ellos Guillermo Kennedy, Guillermo Yates, Urra, Benavente y otros.

Sin embargo, nada podía contra el extraordinario espíritu que animaba a Carrera y sus valientes chilenos que veían tan cerca el retorno a la patria, sus tierras y su gente. Con lo poco que tenía logra, en marzo de 1821, derrotar en dos ocasiones a las fuerzas argentinas de San Luis en las localidades de Chaja y de Las Pulgas, quedando la ciudad de San Luis bajo su poder. Más tarde, derrota también a las fuerzas de Bustos en el sector de Las Tunas, donde se entera que Mercedes le ha dado un hijo varón a quien le ha puesto su nombre: José Miguel Carrera Fontecilla.

El enemigo crecía, pero no conseguían derrotar al hombre curtido en las guerras napoleónicas luchando por la independencia de España. Unidas las fuerzas de Mendoza, San Juan y San Luis, comandadas por Morón, enfrentados cerca de Río Cuarto, Carrera con apenas algo más que trescientos soldados, logra derrotarlos nuevamente, falleciendo en la batalla el comandante Morón.

La vergüenza y desesperación enemiga cambia el honroso campo de batalla, por el método de la intriga, el espionaje y la traición.

Así después de la Batalla de Punta del Médano, enfrentado a un ejército que lo doblaba en número, aprestos, material de guerra y soldados bien alimentados, durante la noche, agotados, hambrientos, extenuados por la fatiga de largas jornadas y enfrentamientos permanentes, avanzada la noche, mientras dormían, es traicionado por el comandante cordobés José Arias y tomado prisionero, es conducido a Mendoza.

El juicio iniciado en su contra tenía un final anticipado. Sería condenado a muerte cualquiera fuere la defensa que levantara a su favor. “La muerte es una sombra oscura que pasa” diría José Miguel.

Algunas de sus célebres frases en su defensa, lo retratan de cuerpo entero, gallardo, valiente y altivo no se deja apesadumbrar por el destino que le repara, no

elude el honor y su responsabilidad frente a sus fieles seguidores y admite todo el peso de sus actos:ñ

“Me veis aquí reo de una culpa que no es mía sino de mi destino”.

“Cuán grande y terrible sea la acusación que vais a hacerme yo la acepto, sin embargo, toda sobre mí”.

“Mía es la responsabilidad porque mía es la obra”.

“He sido partícipe en mil batallas cuya fortuna fue casi siempre mía, he tomado partido en muchas causas, he penetrado en muchas intrigas, he sondeado desde la altura muchos misterios del poder; he tomado asiento en muchas asambleas populares y mi voluntad no fue jamás doblegada en tales casos, como no había sido en los campos de batalla ni por reveses ni victorias. Y era por esto porque mi ánimo se había remontado con atrevido vuelo a la altura de un gran pensamiento y de una inspiración inmortal como mi ser: ese pensamiento era mi patria: esa aspiración era su libertad”.

Su extraordinaria alocución, por cierto, mucha más larga de reproducir, generó muchas dudas entre los presentes, pero finalmente fue condenado con Felipe Alvarez y José María Benavente, quién después se salvaría del patíbulo, a la pena de ser fusilado, con desmembramiento de su cuerpo.

Antes de enfrentar al pelotón de fusileros, escribió a su esposa Mercedes:

“...un incidente inesperado y un conjunto de desgraciadas circunstancias me han traído a esta situación triste. Ten resignación para escuchar que moriré hoy a las once. Sí, mi querida, moriré con sólo el pesar de dejarte abandonada con nuestros cinco hijos en un país extraño, sin amigos, sin relaciones, sin recursos, Más puede la Providencia que los hombres. Miro con indiferencia la muerte, sólo la idea de separarme para siempre de mi adorada Mercedes y tiernos hijos despedaza mi corazón, ¡Adiós, Adiós!”

Erguido como aquella tarde en que, sobre las cumbres

Andinas, miraba por última vez al Chile que dejaban después del Desastre de Rancagua, rechazando la venda en los ojos, poniéndose la mano en el corazón lanzó al viento su memorable frase:

“¡Muerdo por la libertad de América!”

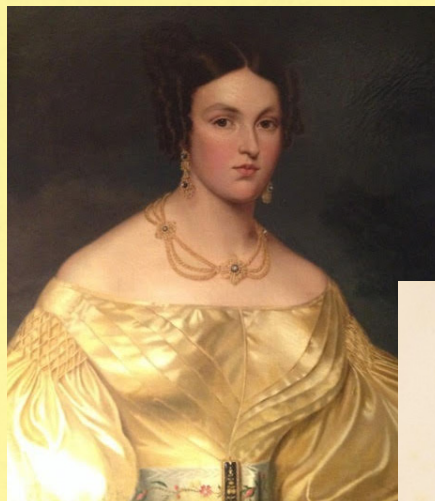
A 200 años de cumplirse su martirio, el Instituto José

Miguel Carrera ha querido con esta trilogía que me honra haber reseñado para ustedes, dar a conocer las distintas etapas de la vida del ilustre prócer chileno, cuya extraordinaria obra fundacional de las bases de nuestra República. Esperamos que las actuales y futuras generaciones sepan reconocer y valorizar en toda su dimensión para destacar al hombre que sólo pensó en dar todo por su querida patria.

Al morir José Miguel Carrera, le sobrevivieron su esposa Mercedes y sus hijos.

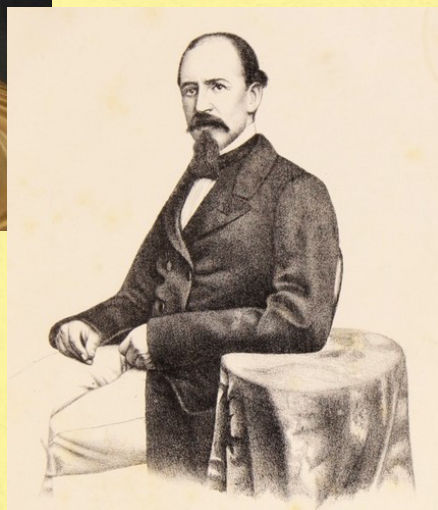
Carrera contrajo matrimonio el 20 de agosto de 1814, con Mercedes Fontecilla y Valdivieso. Tuvieron 5 hijos, todos nacidos en el exilio.

Después del desastre de Rancagua Carrera debió atravesar la cordillera con su joven esposa, y se estableció en Buenos Aires. Allí nacieron sus tres primeras hijas: Javiera Roberta, el 8 de abril de 1815 y fallecida el 5 de enero de 1850 en Santiago. Rosa, nacida el 15 de abril de 1816 y muerta en Santiago el 7 de septiembre de 1852. Josefa, nacida en 1818 y fallecida el 13 de septiembre 1898 en Santiago. Luisa, nacida en Montevideo en 1820 y muerta el 19 de septiembre de 1839 en Lima, Perú. José Miguel, nacido en Rosario, Entre Ríos, en abril de 1821 y muerto en Perú el 9 de septiembre de 1860.



¿Sabía Ud. que...?

Luisa Carrera Fontecilla



José Miguel Carrera Fontecilla



Javiera Roberta Carrera Fontecilla



Rosa Carrera Fontecilla



Josefa Carrera Fontecilla

ESTATUA DE JOSÉ MIGUEL CARRERA EN EL EDIFICIO DEL EJERCITO

José Miguel Carrasco Silva

Director del Instituto de Investigaciones Históricas General José Miguel Carrera

Tras la formación -en la Capitanía General de Chile- de la primera Junta de Gobierno el 18 de septiembre de 1810, encabezada por Mateo de Toro y Zambrano, el escenario político no sufrió mayores cambios. El caso es que esta Junta de Gobierno y las sucesivas que se conformaron con posterioridad, se sujetaban a un itinerario bien claro: gobernar mientras el rey de España se encontrara en cautiverio por parte de Napoleón, emperador de los franceses.

El regreso a Chile del sargento mayor José Miguel Carrera Verdugo, el 26 de Julio de 1811, comenzaría a modificar este escenario y germinar recién allí un movimiento emancipador de la corona española. José Miguel regresaba a su patria, tras prestar servicios en el ejército español, siendo su primera unidad el Regimiento de Caballería Farnesio, para posteriormente ser destinado al Regimiento Voluntarios de Madrid, y finalmente, ser promovido al grado de sargento mayor del Regimiento Húsares de Galicia. José Miguel participo en números combates y batallas contra las tropas francesas, recibiendo la condecoración de Batalla de Talavera, en donde le cupo una destacada actuación. Es relevante que, a una edad temprana, haya sido ascendido al grado de sargento mayor, lo que señala la alta consideración con que gozaba en el ejército español.

Acicateado a regresar a Chile tras informarse de que su padre ocupaba un cargo en la primera Junta de Gobierno, opta por solicitar su licenciamiento del ejército español. Incidió en dicha decisión el hecho de constatar la postración en que se encontraba el ejército peninsular frente a los invasores franceses, como también a su adhesión a ideas políticas surgidas de la ilustración.

Ya en su terruño, junto a sus dos hermanos Juan José y Luis participa en movimientos político-militares buscando modificar la situación existente. El 15 de noviembre de 1811, Carrera logra hacerse del poder y ejerce el cargo de la presidencia de la Junta de Gobierno, integrada entre otros por Gaspar Marín y Bernardo O'Higgins. Es en ese momento de la historia que Carrera exterioriza a la corona española su firme decisión de independizar a esta tierra y convertirla en una nueva nación. Esto se ve refrendado por la creación de la primera bandera nacional, el primer escudo nacional, además del primer reglamento constitucional de 1812 que señala, justamente, el deseo de convertir a Chile en un país libre.

Para la época, ya se habían conformado los Estados Unidos de Norteamérica (1775), pero también la Revolución Francesa en 1789 influyó mucho en el cambio de las ideas políticas imperantes. A dichas ideas libertarias y distantes del absolutismo real, no estaba ajeno José Miguel y seguramente inspiraron su acción de gobierno.

El hecho más controversial de José Miguel Carrera fue sin lugar a dudas la de recibir al cónsul norteamericano Joel Robert Poinsett, siendo en la práctica la primera relación diplomática del Estado chileno con una nación extranjera.

Esto determinó la acción militar represiva por parte del virrey del Perú, José Fernando de Abascal, ordenando una expedición a cargo del brigadier Antonio Pareja. A inicios de 1813, una pequeña tropa desembarca en Chiloé para instruir, equipar y preparar a tropas criollas favorables a la causa española. Similar operación la ejecuta en Valdivia, desembarcando en Talcahuano el 27 de marzo de 1813.



A raíz de la acción militar española, el senado de la Patria Vieja dispone que José Miguel Carrera Verdugo asumiera el mando de las operaciones militares nacionales como general en jefe. A la fecha, no existía entre los connacionales un oficial que tuviera la experiencia de combate que sí tenía José Miguel, tras servir en el Ejército de España contra las tropas francesas, en la Guerra de la Independencia española.

La génesis de este Senado provenía justamente del Reglamento Constitucional de 1812 y que, aprobado el 31 de octubre de 1812, establecía en su artículo 7° la creación del primer Senado de Chile, como única cámara legislativa:

“Artículo 7°. Habrá un Senado compuesto de siete individuos, de los cuales el uno será Presidente, turnándose por cuatrimestres, y otro Secretario. Se renovará cada tres años, en la misma forma que los vocales de la Junta. Sin su dictamen no podrá el gobierno resolver en los grandes negocios que interesen la seguridad de la patria, y siempre que lo intente, ningún ciudadano armado o de cualquiera clase deberá auxiliarlo ni obedecerle, y el que contraviniese será tratado como reo de Estado. Serán reelegibles”.

Este Senado se instala el 10 de noviembre de 1812. Estaba compuesto por los señores, canónigo Pedro Vivar; Presidente, Manuel Araos, Francisco Ruiz Tagle, José Nicolás De La Cerda, Juan Egaña, Gaspar Marín; suplentes Joaquín Echeverría Larraín, Ramón Errázuriz y Joaquín Gandarillas; secretario Fray Camilo Henríquez.

El reglamento también estableció una Junta Superior Gubernativa, que tendría a su cargo el gobierno interior y las relaciones con otros estados y estaría compuesta de tres miembros, cuyo mandato era por tres años, renovándose uno al final de cada año. Dichos miembros se turnarían en la presidencia de la junta por cuatrimestres y, no podían ser reelegidos hasta pasados los tres años.

Este primer Senado estuvo en funciones hasta enero de 1814, y aún en plena Guerra de la Independencia, y gracias a su acuerdo con el Ejecutivo, se sancionaron varias resoluciones trascendentes de la Junta, en-

tre ellas, la ley de libertad de Prensa, la de instrucción primaria, la de policías, la de tribunales militares y la dictada a favor de los indios. Se crearon además el Instituto Nacional y la primera Biblioteca Nacional. Asimismo, otorgó a José Miguel Carrera plenos poderes para dirigir las operaciones militares.

Esto es relevante y trascendente, pues la designación del primero general en jefe del Ejército chileno el 31 de marzo de 1813 se basa en una decisión colegiada por el Senado, dispuesta por un reglamento constitucional que regulara -por un breve periodo- las relaciones del naciente estado y sus órganos dependientes.

Previamente, en enero de 1812, José Miguel Carrera ya como presidente de la Junta de Gobierno, adopta la decisión de reestructurar las tropas existentes del incipiente ejército. De esta forma, crea el regimiento *Húsares de la Gran Guardia* y el aumento de la dotación de los *Granaderos de Chile*, primera unidad de Infantería, a cargo de su hermano Juan José Carrera. En los primeros meses de 1813, crea un segundo Regimiento de Caballería denominado *Húsares de la Gran Guardia General*. Como también la conformación de una Brigada de Artillería, al mando del coronel Luis Carrera Verdugo.

En su diario militar José Miguel señala:

“Sólo en el Gobierno trabajaba con una actividad estremada, particularmente en la organización de la fuerza militar. La inspección de Caballería recibía una buena organización; el batallón de Granaderos se elevó a la respetable fuerza de 1.200 hombres; se reformó el cuerpo de 300 Dragones por inútiles y se levantó el de la Guardia Nacional de 500 plazas; la artillería se aumentó a 400. Se quitó a los frailes de San Diego el convento, ise levantó en él un famoso cuartel de Caballería; se hicieron 10.000 lanzas y 1.500 tiendas de campaña, vestuario, monturas para todos los cuerpos, municiones de todas clases i, por último, cuantos se necesitaba para la defensa de un país, que hasta entonces estaba enteramente espuesto a ser presa de cualquier enemigo por falta de artículos de guerra y de organización en sus fuerzas. El pueblo no fue oprimido por contribuciones, solo se aumen-

taron los derechos en algunos ramos i con esto se veía atender a unos gastos de tanto bulto” (SIC).

Del diario de Carrera se colige que imprimió un fuerte dinamismo en producir y fabricar armamento, munición y bastimentos para abastecer convenientemente a las tropas nacionales y que constituyeron durante el periodo de la Patria Vieja el primer Ejército Nacional. En la práctica, fue el artífice de darle continuidad a la fábrica de armas (actual FAMAE) en octubre de 1811, potenciándola e invirtiendo los escasos recursos, para su crecimiento y capacidad de equipar a la fuerza militar.

Su obra culmine durante su gestión gubernativa, fue la de autorizar la creación de la Compañía de Jóvenes *Granaderos*, cuyo propósito era la de impartir educación e instrucción militar. Dicha Compañía dependía del Batallón de Infantería *Granaderos*, bajo el mando del brigadier Juan José Carrera. El hecho en cuestión es consignado en el periódico “La Aurora de Chile”. Efectivamente en la página 3 se señala:

“Creación de una Escuela Militar: El Gobierno creará una escuela orientada a la enseñanza militar y para ello ha dispuesto que se le pagaran 25 pesos mensuales a la persona que imparta este tipo de educación. Los postulantes pueden ser niños entre los 12 y 17 años y a ellos se les enseñara a leer, escribir, contar y los deberes de su carrera” (SIC).

La visión de estadista y de militar de excelencia, le señalaba la necesidad de educar y formar acertadamente

a los futuros oficiales del Ejército. El Desastre de Rancagua selló la eclosión de su obra y de esta escuela primigenia, resurgiendo años después en la creación de la actual Escuela Militar (16 de marzo de 1817), claro está, dispuesta por otras autoridades y que quizás se inspiraron en dicha compañía de jóvenes *Granaderos*.

Numerosas son las acciones de guerra que debió enfrentar el naciente ejército, como Yervas Buenas, San Carlos, sitio de Chillán y El Roble entre otras. Indudablemente la poca experiencia de las tropas nacionales, su escasa instrucción y el hecho de enfrentar a otras mejor entrenadas, determinaron no lograr la derrota definitiva de los peninsulares, tema que quedará para discusión en otro análisis histórico.

Tras 208 años de la designación del primer General en Jefe del Ejército de Chile, el actual comandante en jefe general de Ejército, Ricardo Martínez Menanteau, decide resaltar este hecho memorable y dispone que el Edificio Ejército Bicentenario (EEB) sea denominado del Brigadier José Miguel Carrera Verdugo, designación acompañada con la instalación de una estatua de pie del Padre de la Patria al centro del EEB. Dicha ceremonia se concretará en octubre del 2021.

Con esta denominación se reparará en parte el escaso reconocimiento que se le ha brindado al Prócer y Primer Comandante en Jefe por parte de una institución que nace con la República y que bajo la inspiración de José Miguel Carrera Verdugo, allá un lejano 31 de marzo de 1813, se desarrolla y vence en los conflictos armados que ha debido enfrentar, delineando un lema legendario: “Siempre Vencedor, Jamás Vencido”.

